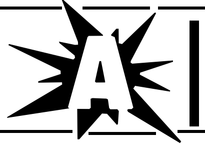
Amor y Rabia

Núm. 40 VALLADOLID, 29 DE MARZO DE 1997 **Año 3**

CORRESPONDENCIA: [redacted]

PUBLICACIÓN DIFUSORA DE LAS IDEAS ANARQUISTAS

ORGANO DE EXPRESIÓN DEL GRUPO LIBERTARIO ***Amor y Rabia***



FOTOCOPIA Y DIFUNDE
EJEMPLAR GRATUITO

Número sencillo

EL CRACK DE LA ECONOMIA REAL

320
280
240
200
160
120
80
40
0

El crack de la economía real

José Ángel Moreno Izquierdo

Parece evidente que la intensificación de las actividades especulativas y su cada vez más notoria conexión con procesos de corrupción es uno de los fenómenos más generalizados en la economía de todos los países desarrollados en los últimos años. Un fenómeno, además *–no hay más que recordar la espeluznante especulación monetaria–* que está desarrollándose con especial celeridad en el propio marco de la economía informal.

A lo largo de estas páginas se pretende reflexionar sobre las razones y sobre las consecuencias enormemente graves de este fenómeno. Un fenómeno que debe ser considerado característico de una fase determinada del desarrollo del capitalismo y que en modo alguno puede explicarse co los argumentos puramente conspirativos o puramente circunstanciales con que a menudo nos los presentan los medios de comunicación.

Ciertamente, la simultánea intensificación y generalización de este tipo de actividades a nivel mundial, su creciente importancia en todos los países, no puede ser fruto de la casualidad. Antes bien, la tesis de la que se parte en este texto es que sólo a nivel internacional se podrán encontrar las razones que lo expliquen en profundidad. Y sólo explicando en profundidad se podrá apreciar adecuadamente la dimensión de sus implicaciones.

En efecto, para entender este fenómeno es preciso remontarse a otro que lo genera y que ha sido el motor de un cambio cualitativo auténticamente decisivo en el conjunto del sistema económico mundial (y en el propio carácter el capitalismo). Me refiero a la aceleración *–irreversible y supersónica–* que se produce en el proceso de internacionalización de la economía a partir de mediados de los años 70. Una internacionalización que ha generado la formación de una economía puramente globalizada (mundializada) en la que los principales agentes (empresas transnacionales, grandes entidades financieras e incluso estados) plantean sus estrategias a escala mundial.

Se trata de un fenómeno que es producto ideológico de la propia evolución del sistema: su desarrollo (tecnológico, organizativo, institucional y económico) va exigiendo paulatinamente la creación de mayores escalas productiva s(mayores empresas), que, a su vez, requieren de mercados y de fuentes de aprovisionamiento progresivamente más amplios. La globalización es, así, una exigencia inevitable a medida que el sistema económico avanza: un requisito necesario a partir de un nivel determinado de la evolución de un sistema que de otro modo acabaría por bloquearse. Un requisito, además, generado por fuerzas objetivas: las propias fuerzas que han impulsado desde sus orígenes el dinamismo del sistema capitalista; como recuerda Luis de Sebastián, ***"la fuerza que empuja a los países a la integración en mercados internacionales lo más amplios posible es la misma fuerza de la competencia que lleva a la concentración de las empresas y que Marx ya había señalado hace 150 años"*** **(1)**.

Esta aceleración en el ritmo de internacionalización de la economía ha posibilitado, a su vez, una transformación radical y general en las estructuras económicas y sociales: ya nada volverá a ser como era antes.

En primer lugar, se ha mundializado la base de los negocios, intensificándose poderosamente el comercio internacional, la localización de empresas fuera de sus países de origen y, en general, la transnacionalización de las antiguas economías nacionales. Al tiempo que se ha intensificado hasta niveles sin precedentes la virulencia de la competencia internacional. La cruda realidad de la interdependencia es la reducción de la independencia, el estrechamiento cada vez más severo de los márgenes de maniobra de todos los agentes (y especialmente de los estados nacionales) plenamente inmersos *–quiéranlo o no–* en el mercado internacional, es decir, en el mercado, sometidos a la competencia angustiosa de otros agentes. La internacionalización ha provocado inevitablemente el predominio cada vez más absoluto de la lógica del mercado. Y en este complejo contexto, las economías nacionales están cada vez más "desnacionalizadas". Y todo ello en un marco crecientemente unificado, en el que todas las variables están progresivamente *–y no intensivamente-* interrelacionadas.

Quizás no se haya reparado suficientemente en las múltiples y poderosas implicaciones de este fenómeno: una de ellas, y no la más baladí, es la que se refiere a los comportamientos que en ese contexto crecientemente competitivo y global se ven forzados a asumir los estados: unos comportamientos ineludiblemente cada vez más semejantes a los que caracterizan a las empresas privadas. Comportamientos caracterizados por el desarrollo de normas institucionales (leyes) que posicionen ventajosamente al país en ese mercado integral o, cuanto menos, que le permitan resistir la competencia de otros países: ***"quien quiera participar de la terrible competencia europea*** *–ha escrito C. Offe sobre la Comunidad Europea, pero su reflexión puede extenderse al mercado mundial–* ***debe desprenderse de todas sus obligaciones de redistribución y costes de regulación, que son considerados inconvenientes para la competencia"*** **(2)**.

Se trata de una carrera liberalizadora de trágicas consecuencias, que constituye la causa fundamental de la crisis de todas las políticas keynesianas e intervencionistas y, en definitiva, del Estado del Bienestar y de las estrategias socialdemócratas de transformación progresiva de la sociedad. En un marco crecientemente globalizado, se hace necesario dedicar todos los recursos posibles al fomento de la competitividad y flexibilizar al máximo los mercados y las posibilidades de actuación de las empresas. Sólo así se podrá aspirar al acceso sistemático a los siempre necesarios flujos de capital extranjero y sólo así, también, podrán las empresas nacionales resistir la competencia de aquellas otras que dispongan de una gran libertad de movimientos, de un marco de acción muy flexible.

De esta forma, la liberalización y la desregulación se configuran como requisitos inapelables para dotar de competitividad al tejido nacional en un marco de internacionalización acelerada. Pero, paradójicamente, esos requisitos, una vez implantados a niveles intensos, desatan su propia dinámica, progresivamente incontrolable, que acaba conduciendo a consecuencias imprevistas.

En efecto, la cada vez mayor liberalización de las empresas nacionales permite, sin duda, un amplio desarrollo del comercio internacional; pero posibilita, al tiempo, un desarrollo mucho más rápido e intenso de otro fenómeno: el movimiento internacional del capital. La mercancía más etérea, homogénea, móvil y deseable, el dinero, es la que, en estas circunstancias, alcanza una mayor capacidad de circulación entre países, la que mejor aprovecha la liberalización creciente de la economía internacional. Los hechos no admiten duda: el movimiento internacional de capitales, que en un principio se caracterizó básicamente por su función de lógico correlato del movimiento de mercancías (del comercio), se hace cada vez más autónomo, cada vez más independiente de la llamada "economía real" *–cuyo apoyo era la original razón de ser del capital financiero–*, superando en la actualidad abismalmente al movimiento de mercancías. Es lo que se ha dado en llamar "desmaterialización" de las relaciones económicas internacionales, generalización financiera internacional de enormes consecuencias. Hasta el punto de que las principales variables de la economía internacional y de la economía de cada país (tipos de cambio entre monedas, tipos de interés, nivel de creación de dinero, nivel de inflación, nivel de demanda, disponibilidad de inversión) vienen estrechamente condicionadas por el movimiento de capitales.

El nuevo espacio unificado que surge con la internacionalización de la economías es así un espacio crecientemente dominado por el capital financiero. Un capital que, como ya destacada R. Hilferding a comienzos de siglo **(3)**, no siempre se plantea los mismos objetivos ni la misma lógica de actuación que el directamente productivo.

Muy especialmente, uno de los rasgos que caracterizan a ese capital financiero es, precisamente, su movilidad, su falta de arraigo, su celérica capacidad de salir del país que circunstancialmente recala en el momento en el que el menor cambio en el contexto económico reduce la rentabilidad relativa de ese emplazamiento. No es extraño, por eso, que el mundo integrado se caracterice por una volatilidad en aumento, por una auténtica tiranía del corto plazo.

HIPERDESARROLLO FINANCIERO Y ESPECULATIVO

Sin duda, todo lo anterior se trata de un fenómeno en buena medida inducido por la crisis económica de los años 70 y principios de los 80. En primer lugar, porque el hundimiento económico de muchos países del sur, y fundamentalmente de América Latina, en paralelo al excedente financiero de los países petrolíferos *–canalizado a través de bancos occidentales-* generó una cuantiosa masa monetaria en busca de colocación en mercados seguros. En segundo lugar, porque la dislocación en el sistema monetario internacional provocada por la crisis abrió un periodo de intensa inestabilidad e incertidumbre en los tipos de cambio y, en general, en los mercados financieros, que impulsó a los grandes inversores internacionales a decantarse generalizadamente por colocaciones flexibles y volátiles, de corto plazo y muy corto plazo, que cambian rápidamente de destino en función de las variaciones en las cotizaciones de las monedas o en los tipos de interés de cada país. Finalmente, porque la crisis dejó tras de si un extendido lastre de tasas altas de inflación y de cuantiosos déficits públicos, frente a los que las autoridades económicas nacionales han tenido que imponer severas políticas monetarias y fiscales, con elevados tipos de interés; tipos que han impulsado una lógica preferencia hacia las colocaciones puramente financieras, y a corto plazo, en perjuicio de las inversiones productivas, en las que los mayores riesgos y periodo de maduración no se han visto compensados por beneficios semejantes a los alcanzables en los mercados financieros. Debe advertirse, al tiempo, que estas masivas colocaciones financieras que buscan sólo la rentabilidad de los altos tipos de interés imposibilitan reducciones unilaterales de estos tipos en cada país, porque ello provocaría una auténtica desbandada de capitales hacia los países en los que los tipos continuaran altos. Es un fenómeno particularmente grave para países con dificultades permanentes en su balanza de pagos *–como es el caso de España–*, que necesitan imperiosamente de esos capitales volátiles para equilibrar su déficit comercial, pero que se ven forzados a mantener para ello unos tipos de interés tan elevados que acaban desincentivando la inversión productiva y con ello agravando la propia situación de la balanza de pagos. Si a todo esto se añade que el espectacular avance tecnológico *–en la informática y en comunicaciones, básicamente–* ha posibilitado un impresionante desarrollo de instrumentos financieros hasta hace poco inviables, y centrados particularmente en la cobertura de los riesgos que la incertidumbre internacional genera, se tendrá un panorama completo de las razones que han estimulado el intenso incremento de los movimientos internacionales de capital y de las inversiones financieras con marcada orientación cortoplacista.

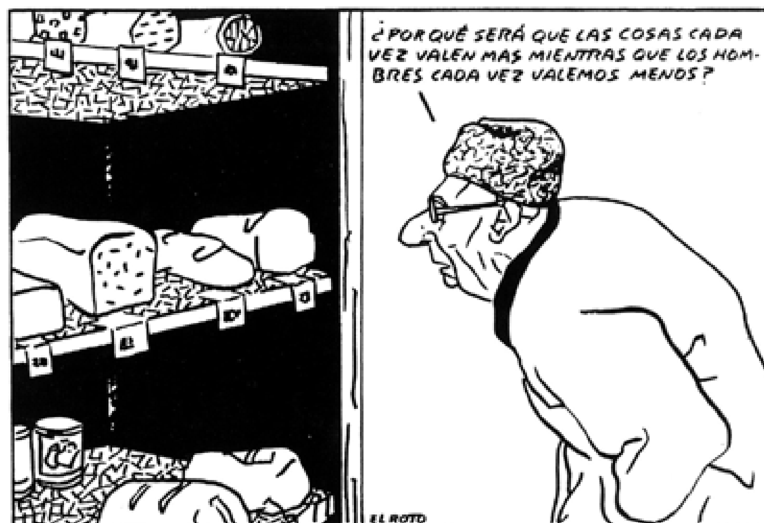
A lo largo de la pasada década, así, se ha ido gestando con rapidez progresiva una creciente financiarización de las relaciones económicas internacionales. Un fenómeno, además, presidido por la preponderancia cada vez más acusada, y patentemente lógica, de las entidades y de las actuaciones financieras, aceleradamente orientadas hacia operaciones dirigidas a rentabilizar las variaciones y las diferencias de tipos de cambio y de interés entre países. Operaciones en las que pueden conseguirse beneficios escalofriantes, aprovechando el carácter cada vez menos intervenido del mercado internacional.

Asistimos, así, a una economía financiera internacional progresivamente alejada del sector real, mucho más lucrativa que él y cada vez más acusadamente centrada en sí misma, olvidada ya su inicial función instrumental. Una economía, por eso, en la que los medios han devenido fines y que, como ha llegado a afirmar el Premio Nobel francés Maurice Allais, ***"se ha convertido en un vasto casino"***, abandonándose a ***"una especie de delirio financiero especulativo, donde aparecen ganancias enormes sin fundamento alguno"*** **(4)**.

Pues, en efecto, buena parte de estas operaciones financieras *–y sin duda las más lucrativas–* pueden diferenciarse cada vez más difícilmente de lo que tradicionalmente se ha entendido por especulación: apuestas de enormes sumas de dinero a plazo breve hacia la variación de determinados tipos de interés o de determinadas cotizaciones (de monedas o de títulos).

Una economía, por tanto, ***"de papel"***, en expresión feliz de otro Premio Nobel, el norteamericano J. Tobin, para quien ***"las ventajas de la liquidez y de la negociabilidad de los instrumentos financieros se producen al coste de facilitar un alto nivel de especulación"*** **(5)**. Un panorama, en esta medida, en el que el exagerado predominio de las actividades financieras no puede dejar de producir efectos patológicos. Algo que el propio Tobin ha venido sosteniendo ya desde hace tiempo frente a la complacencia generalizada de la inmensa mayoría de analistas ortodoxos: ***"confieso sustentar*** *–escribía hace ahora nueve años–* ***un incómodo recelo fisiocrático, quizá inadecuado en un académico, de que estamos dedicando una progresiva parte de nuestros recursos, incluido lo mejor de nuestra juventud, a actividades financieras alejadas de la producción de bienes y servicios, a actividades que generan altas remuneraciones desproporcionadas en relación a la productividad social. Sospecho que el poder inmenso de los ordenadores se está enzarzando en esta "economía***







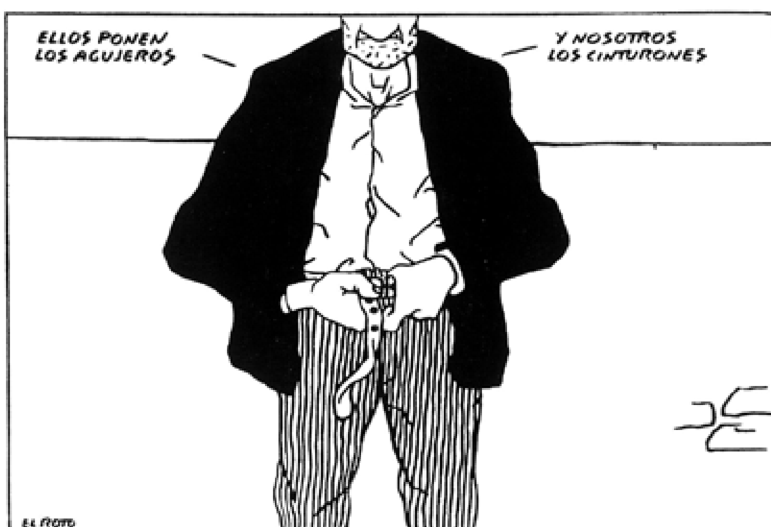
de papel" no para efectuar las mismas transacciones de forma más económica, sino para hinchar la cantidad y variedad de los intercambios financieros" (6).



EL CONTAGIO NACIONAL: LA FINANCIARIZACION DE LAS ECONOMIAS

Pero se trata de una oleada, al tiempo, que ha acabado contagiándose con extrema rapidez en el interior de las diferentes economías nacionales. En un contexto en el que cada vez resulta técnicamente más fácil participar en el juego financiero internacional, muchos agentes económicos han empezado –por múltiples vías- a entrar en él, atraídos por las rápidas e intensas ganancias que en él se pueden conseguir.

No ha sido, con todo, ésta la única vía de contagio: el fortísimo incremento de los movimientos internacionales de capitales ha servido además de poderoso estímulo para la expansión de los mercados financieros nacionales, que han vivido desde mediados de los 80 un periodo de beneficios desconocidos hasta entonces. En casi todos los países avanzados, en efecto, el desarrollo financiero ha sido en estos años sensiblemente más intenso que el de la economía real, produciéndose –como en el caso de la economía internacional- un proceso de creciente automatización y desapego de los mercados financieros respecto de la base productiva. Realmente, es en este crecimiento financiero donde ha radicado en muchos años el factor impulsor de la expansión económica de los últimos años; como ha escrito A. Gunder Frank, "el aumento del crédito y del dinero y la proliferación de instituciones, operaciones e instrumentos financieros especulativos han sido los motores de la reestructuración y la reorganización de la economía, tanto a nivel nacional como internacional" (7). Algo en gran medida provocado por la ya señalada generalización de elevados tipos de interés, penalizaciones de la inversión productiva y propiciadores de las colocaciones financieras.



En este marco, no han sido sólo las entidades puramente financieras las que han participado del negocio financiero: muchas empresas productivas y también un número considerable de ahorradores individuales han encontrado crecientemente remunerador dedicar sus disponibilidades económicas a colocaciones puramente financieras, presididas por la lógica del corto plazo. El beneficio fácil y rápido contagia su atractivo a todo el sistema. Y ello de forma particularmente intensa en empresas de gran volumen y amplia experiencia en redes internacionales, pues de mayores facilidades se disponen en estos casos para optimizar la gestión financiera y nivel internacional. Se llega, de esta forma, a producir el caso de grandes empresas que empiezan a ganar con su actividad financiera cifras considerables, en ocasiones más que con su actividad habitual.

No es extraño que con ello la función financiera empiece a ganar un peso decisivo en el organigrama empresarial, pues llega a convertirse en instrumento básico de generalización de beneficios; beneficios, además, posibles a un plazo muy inferior al que suele permitir la actividad productiva normal. Lo que es puramente accesorio e instrumental, así, la dirección financiera, acaba convirtiéndose en fundamental, trastocándose no poco con ello la propia estructura de la empresa: ciertamente, está cambiando en los últimos años de forma nada despreciable la jerarquía directiva, copándose crecientemente las cúpulas empresariales por profesionales de las finanzas o por ejecutivos de mentalidad financiera. Algo que inevitablemente se traduce en –y al tiempo se explica por- unas crecientes preocupación y orientación financieras, en el contexto de un cambio notable en la conducta de muchas empresas, que cada vez más actúan como pseudo-entidades financieras.



Más aún, puede incluso afirmarse que se ha producido en estos años una sustancial trasformación en la propia naturaleza de la empresa, cada vez más concebida como pura mercancía intercambiable, como un paquete de acciones permanentemente en venta con el que los propietarios especulan, con independencia de los resultados que esa especulación pueda tener para la viabilidad a largo plazo de la entidad y para la situación de sus empleados. La empresa deja progresivamente de entenderse como un proyecto a largo plazo que exige la cooperación del capital y el trabajo y una relativa estabilidad, para verse fundamentalmente como un activo mercantil. Es un cambio de concepción que viene básicamente condicionado por el desarrollo de los mercados financieros –y en primer término, de la bolsa- que imponen la búsqueda de la rentabilidad inmediata, el máximo beneficio a corto plazo, que es loq eu hace subir la cotización de las acciones poseídas ante todo para la consecución de plusvalías con su venta. Un fenómeno particularmente relevante para los grandes inversores, los mismos que lideran la especulación monetaria internacional.

De esta forma, la concepción cortoplacista-financiera de la empresa puede acabar socavando la lógica del propietario estable para transmutarle en especulador de acciones. Una manifestación más de la imparable mercantilización de la sociedad, que, a falta de un marco regulador que la

contenga, acaba alcanzando a todas las instituciones, convirtiéndose ssí en un corrosivo cáncer debilitador de esas mismas instituciones a largo plazo. En efecto, la obsesión por la rentabilidad inmediata acaba empujando a las empresas a adoptar decisiones y comportamientos que pueden ser muy cuestionables desde el punto de vista de la racionalidad económica a largo plazo. Por eso –señala M. Albert en un texto absolutamente recomendable y que se citará abundantemente en estas páginas-, ***"la lógica financiera se opone a la lógica industrial"*** **(8)** (a la lógica a largo plazo, diríamos mejor). Esa persecución inmoderada y desequilibrada del beneficio inmediato, ciertamente, puede debilitar gravemente la estructura de la empresa, al tiempo que perjudicar irreparablemente al conjunto de la economía convirtiéndose así en un serio obstáculo para su desarrollo: ***"esforzándose demasiado para la ganancia de hoy –señala Albert- perjudica la ganancia de mañana"*** **(9)**.

La tiranía del corto plazo acaba, de esta forma, por atentar contra el propio espíritu de empresa, pues la capacidad de la empresa para mantenerse en condiciones competitivas en el mercado se reduce drásticamente cuando desaparece la estabilidad y la vocación productiva de su capital social. No cabe extrañarse, así, de que –como señala Albert- ***"…cuanto más creador es el capitalismo de riqueza a corto plazo, mayor es el riesgo de convertirse en destructor de valores sociales a largo plazo, si no está lo bastante acotado por los poderes públicos, y si no tiene las competencia de otros valores sociales que no sean los monetarios"*** **(10)**.

Se ha ido produciendo, de esta suerte, durante el último decenio una auténtica financiarización o bancarización acelerada de todas las economías avanzadas: un contagio presidido por el dinamismo y la posición dominante del sector financiero en el conjunto de la economía, por el desarrollo y la sofisticación de los mercados financieros y, finalmente, por el propio contagio financiero de las empresas productivas.



PRIMERAS CONSECUENCIAS: INESTABILIDAD, DESCONTROL Y VULNERABILIDAD

Ciertamente, no parece exagerado el recelo de Tobin. Los defectos de esta sistema económico son difícilmente ocultables. Al margen de que se detallarán más adelante, cabe apuntar de entrada que el hiperdesarrollo financiero-especulativo ha impulsado notablemente el crecimiento económico durante la segunda mitad de los 80, constituyéndose como uno de los motores básicos de la aparente superación de la crisis precedente: pero la reactivación lograda ha dado lugar a un crecimiento superficial y aun artificial, inestable y enormemente frágil, como se ha podido apreciar desde el verano de 1992, momento en que el optimismo hasta entonces reinante se trocó de manera repentina e inesperada en una profundísima crisis.



No es nada nuevo, por otra parte. Siempre se ha sabido que el sector financiero se caracteriza por una fuerte inestabilidad, propia de los inevitables vaivenes propios de una actividad que se basa en la confianza y en el estado de las expectativas. Es, por ello, un sector inevitablemente pro cíclico, que amplía las tendencias del ciclo económico: cuando todo va bien, el sector financiero contrae su actividad de forma particularmente intensa, actuando como multiplicador de la recesión. En épocas de auge, en efecto, los mercados financieros crecen en base al propio crecimiento previo que están constatando: la bolsa, por ejemplo: sube porque ha estado subiendo. Pero cualquier incidencia puede cambiar la tendencia, y entonces los mercados financieros inician una contracción superior a la de la economía real que ha generado el cambio de expectativas, poniéndose en marcha así el proceso contrario. Es más, muy a menudo la contracción se inicia autónomamente en los propios mercados financieros. Como sistemáticamente viene recordando desde hace años J.K. Galbraith **(11)**, en periodos de crecimiento financiero-especulativo, en los mercados financieros (la bola es el ejemplo arquetípico), en algún momento de la expansión algún agente acabará por considerar que ha llegado el momento de vender y salirse del mercado. Cuando esta decisión la toman agentes de importancia significativa *–agentes líderes, creadores de opinión–*, inmediatamente se persuadirán muchos otros de la necesidad de seguirles, con lo que automáticamente se habrá creado una fase recesiva, fase que se trasladará al conjunto de la economía real con intensidad y rapidez proporcionales a la importancia de los mercados financieros.



Por ello, los efectos de esta inestabilidad inherente a los fenómenos financieros serán tanto más graves cuanto más financiarizada esté la economía. Es decir, cuanto más dinámicos y dominantes en ella sean el sector y los mercados financieros y cuanto mayor sea el nivel de endeudamiento de los agentes económicos.

Pocas dudas caben, a este respecto, de que uno de los efectos más palpables del crecimiento financiero de los años 80 ha sido precisamente un intensísimo incremento del endeudamiento de los agentes económicos (estados, empresas y particulares). No es de extrañar, de esta forma, que la inestabilidad característica del sector financiero se haya venido trasladando al conjunto de la economía mundial de forma crecientemente acusada. Mucho más, adicionalmente, ante la paralela pérdida de capacidad de

corrección, encauzamiento y control de los mercados financieros provocada por el veloz proceso de desregulación y liberalización que se ha venido produciendo en estos años.

Como resultado lógico de todo este contexto, la economía mundial ha venido ineludiblemente ganando cotas de inestabilidad e inseguridad, haciéndose, por ello, más vulnerable ante incidencias inesperadas. La gravedad, rapidez e imprevisión de la recesión que se viene padeciendo desde finales de 1992 lo atestigua fehacientemente.

Se trata de otro lado de una vulnerabilidad agravada por la internacionalización financiera a través de una doble vía:

A) En primer lugar, porque la internacionalización financiera agrava la mencionada pérdida de capacidad de control económico de los estados nacionales, a través de las grandes dificultades *–en ocasiones insuperables–* que plantea para instrumentar la política monetaria: la movilidad de capital a nivel internacional y los nuevos instrumentos financieros posibilitan que la cantidad de dinero o de pseudo-dinero existente en el interior de cada país varíe ampliamente al margen de la intención de las autoridades económicas.

B) En segundo lugar, por la propia rentabilidad que encuentran los grandes inversores internacionales (los grandes especuladores) en dinamitar la estabilidad monetaria de determinados países. En efecto, los mencionados grupos *–que no son sino bancos, empresas, compañías de seguros, fondos de inversión, fondos de pensiones, etc.–* y que actúan obligados por su responsabilidad a obtener el máximo beneficio para los recursos que gestionan- pueden evitar grandes pérdidas si son capaces de desinvertir de un país (en una moneda) en el momento en que perciben síntomas de que las condiciones de su colocación pueden empeorar: porque van a reducirse los tipos de interés del país *–o aumentar los de otros países–* o porque, sobre todo, la economía del país se deteriora y se aprecian posibilidades de una próxima devaluación de su moneda.

Así, los grandes operadores internacionales intercambian a diario, con la espeluznante velocidad con la que se teclea un comando en un ordenador, ingentes masas de dinero, que cambian de país y de moneda ante el menor cambio de circunstancias.

Más aún, estos grandes operadores pueden encontrar un evidente beneficio fomentando activamente devaluaciones: atacando una moneda que puede estar perfectamente sana en cuanto se percibe un pretexto adecuado; es decir, vendiendo cantidades importantes de esa moneda (cambiando previas inversiones en esa moneda por colocaciones en otras divisas). Cuando los restantes operadores del mercado constatan una operación de gran escala de este tipo *–sobre todo, si el agente que la inicia es importante–* suelen reaccionar con la lógica del rebaño, vendiendo rápidamente sus inversiones en la moneda en cuestión, ante la sospecha de que si el agente inicial vende con rapidez puede ser porque ha tenido noticia de, por ejemplo, la posibilidad de una devaluación o de cualquier otra incidencia negativa importante en el país. Pero cuando estas operaciones de venta alcanzan un volumen de ventas sustancial, lo que sucede es que el gobierno afectado puede verse realmente obligado a realizar un devaluación de su moneda, ante las fuertes presiones vendedoras que afectan a la moneda (presiones que, a menudo, no pueden ser contrarrestadas por la compra de esa moneda por parte del banco central: la persistente crisis del Sistema Monetario Europeo ha demostrado cumplidamente la imposibilidad de resistir estas presiones, incluso cuando varios países actúan coordinadamente). Con ello, el agente que inició la operación de venta habrá conseguido provocar la devaluación, con lo que habrá logrado abaratar una moneda de acuerdo con sus intereses de partida, por ejemplo, para reinvertir después en esa moneda, consiguiendo beneficios que pueden alcanzar niveles astronómicos. El 15 de septiembre de 1992, valga a título de ejemplo, uno de estos grandes especuladores, Georges Soros, actuando contra la libra, consiguió la impresionante cifra de 2.000 millones de dólares en un solo día. ***"Me fascina el caos, ha llegado a decir, Así es como me gano realmente el dinero; entendiendo el proceso revolucionario de los mercados financieros"*** **(12)**. Es la quintaesencia de la devaluación: vender caro y comprar barato. Se trata así de una profecía –de devaluación de una moneda- que se autocumple: el devaluador, si es lo suficientemente grande, es capaz de provocarla.

Naturalmente, este tipo de operaciones *–habituales en nuestro tiempo–* pueden producir de paso problemas dramáticos en el país afectado por la desaparición de sus reservas de divisas en el intento de frenar la pérdida de valor de la moneda: incremento intenso de la inflación (por la devaluación), subidas aceleradas de los tipos de interés para intentar evitar la fuga de capitales (encareciendo consiguientemente el crédito y generando, por tanto, agudas dificultades financieras a las empresas del país), etc. Pero todo ello no tiene por qué preocupar a los inversores internacionales, que únicamente se ven forzados a rentabilizar al máximo posible su inversión.

Debe recordarse que no se trata de ciencia ficción ni de una posibilidad más o menos lejana: es la cruda realidad de nuestro mundo. Un mundo presidido por la inestabilidad, por el desorden generalizado y establecido, por el caos, como percibe lúcidamente Soros. Un mundo, también, presidido por la debilidad de los estados para ordenar ese caos y por la consiguiente vulnerabilidad de las economías nacionales, sometidas cada vez más agudamente a las imprevisibles consecuencias de ese caos: sometidas, por ello, a un destino que no pueden dominar y que, en contrapartida, puede abocarlas repentina y trágicamente a situaciones de extrema gravedad.

La internacionalización financiera acelerada y desregulada que ha experimentado la economía mundial en los últimos años ha dado lugar a un panorama, por tanto, no poco problemático. Un panorama en el que cabe apreciar la fuente de desequilibrios más peligrosa a corto plazo para la economía mundial.

Es en ellas, además *–y tal como se ha descrito–* donde deben buscarse las razones de fondo de la oleada especulativa que viene sacudiendo al mundo desde mediados de los años 80. Una oleada, como se ha podido apreciar, que ha tomado cuerpo en primer lugar en el marco de las finanzas internacionales, progresivamente orientadas haca ese peligroso juegos que se ha esbozado.

LA IMPARABLE EXTENSION DE LA ESPECULACION: ECONOMIAS DEFORMADAS

Una economía de este tipo, desregulada, desnacionalizada y financiarizada a impulsos del empuje internacionalizador constituye el caldo de cultivo óptimo para la generalización de comportamientos especulativos.

En primer lugar, en el propio interior del mercado financiero, en el que la fuerte competencia nacional e internacional *–fruto de la liberalización–* obliga a las instituciones que operan en este mercado a la asunción de riesgos crecientes. Es la única vía para conseguir beneficios siempre en aumento. Algo que se convierte en una auténtica exigencia: en la medida en que algunas entidades adoptan comportamientos crecientemente arriesgados, el proceso se autoalimenta y extiende al resto del sector, forzándolo a comportamientos semejantes para no verse penalizado por un mercado que discrimina severamente a las entidades menos rentables. Se trata de un proceso que obliga a una pérdida progresiva de prudencia, a un creciente empeoramiento de la calidad de los riesgos (créditos e inversiones) que ha conducido en no pocos casos en los últimos años a inversiones claramente especulativas: bien para elevar a corto plazo el nivel de beneficios, bien como fuga hacia delante, para tratar de superar situaciones problemáticas provocadas por malos riesgos anteriores (que generan pérdidas o impagos). La propia competencia intrafinanciera, de esta forma, propulsa el desarrollo de la especulación. Como ha apuntado A. Torrero, se trata de un fenómeno semejante al que la ley de Gresham describe para las monedas: las malas entidades financieras expulsan (contagian) a las buenas **(13)**.

En segundo lugar, la mencionada operación cortoplacista de muchas empresas no financieras acaba como se apuntaba anteriormente, perjudicando el objetivo productivo que debería ser normal y prioritario y propiciando el desarrollo de actividades especulativas. La finalidad inmediata de la empresa termina así por desvincularse progresivamente del proyecto creador original, ese proyecto que, amén del lógico beneficio para el empresario, genera trabajo, riqueza, bienestar y seguridad para la sociedad: ***"en definitiva*** *–recuerda el profesor A. Costas–****, la búsqueda de plusvalías ha reemplazado a la búsqueda del beneficio"*** **(14)**.

Buena parte del "boom" económico de los 80 se ha cimentado en este tipo de prácticas, concretadas siempre en comprar barato para vender caro, en el menor plazo posible y con una mínima transformación, es decir, con una mínima aportación de valor añadido. Y ello a costa de marginar crecientemente la actividad productiva, la única generadora de bienes y servicios susceptibles de elevar realmente la calidad de vida de la población. Fenómenos como la especulación desaforada en los mercados financieros o en el sector inmobiliario o como las cada vez más frecuentes adquisiciones de empresas con cotización en el mercado sustancialmente menor a su valor real, que en muchos casos se ha producido sólo para trocear y vender inmediatamente sus activos y conseguir una plusvalía rápida y fácil, si bien a costa de despedazar la empresa. O fenómenos , también, como la venta de empresas o activos nacionales *–como en el caso de España–* a compradores foráneos. Fenómenos, casi todos, en los que ha participado activamente el sector financiero, financiando o garantizando muchos de esos procesos especulativos, a veces en condiciones inverosímiles para una gestión prudente, bajo la seducción de las jugosas ganancias a repartir.

Sobre la importancia de estas actividades en el caso específico –pero de ninguna manera único- de la España de la segunda mitad de los 80, ha llegado a escribir un conocido cronista de la vida económica nacional: ***"grandes fortunas se hacían como por ensalmo. Los empresarios que estaban obligados a acudir a sus negocios todos los días, abrir las***

puertas de las fábricas y pagar la nómina a fin de mes, se sentían desmotivados, casi estafados. ¿Para qué pelear por abrirse mercados? ¿Por qué quemarse las cejas para lograr una línea de crédito con medio punto por debajo del preferencial? Batallar por estas cuestiones parecía cosa de tontos, cuando los reyes del parqué se estaban haciendo de oro sin despeinarse, sencillamente especulando, manejando con toda desvergüenza información confidencial" **(15)**. No se trata de exageraciones de periodistas. Sobres esto ha señalado el profesor Roberto centeno, refiriéndose al caso español que ***"esta especulación ha sido de tal calibre que en el periodo 1984-1991 se ha producido probablemente la mayor concentración de patrimonio de toda la historia moderna. Y esto no a base de una creación de fuentes de riqueza real, de un tejido industrial y financiero sólido, sino a base de especulación pura y dura, pagada con viviendas a precios astronómicos que han hipotecado de por vida a decenas de miles de familias, con la destrucción final de grandes empresas y con la venta a extranjeros de importantísimas parcelas de nuestra economía"*** **(16)**.

Actividades casi todas, ciertamente que, lejos de los proyectos empresariales estables y perdurables, poco tienen que ver con lo que tradicionalmente se ha entendido por espíritu empresarial emprendedor. Antes bien, más que en la capacidad de innovación, dirección y gestión, se basan, casi siempre, como ha escrito el citado Costas, en ***"la habilidad e moverse en las nuevas condiciones de una economía cada vez más dominada por las transacciones de carácter financiero"*** **(17)**. Actividades, por ello, que, cuando resultan bien, acaban concretándose en lo que se ha dado en llamar "pelotazos". Golpes de la suerte o de la osadía propios de apostadores irresponsables, de personas con una capacidad extraordinaria para asumir el riesgo. O, frecuentemente también, operaciones fructíferas que han sido el resultado fácil de una información estratégica de la que otros no disponen, casi siempre conseguida a través de remuneradas relaciones con el poder.

Es difícil exagerar los efectos de la generalización de este tipo de comportamientos y su progresivo contagio al ámbito profesional. Efectos que han rebasado la esfera puramente económica para influir poderosamente en los valores socialmente dominantes. En el marco de una incuestionable atracción popular por el dinero fácil del capitalismo especulativo, las sociedades desarrolladas han gestado una nueva cultura, una nueva mitología y un nuevo modelo a imitar, un nuevo tipo de héroe: el avispado hombre de negocios que, a través de operaciones sorprendentes debidas a su ingenio y a su falta de escrúpulos, consigue ascender con rapidez inusitada al "Olimpo" del dinero.

No se trata ya del austero y esforzado empresario tradicional, sino del arriesgado, pícaro y deslumbrante apostador en grande. No es extraño, por eso, que se haya extendido paralelamente una desaforada ostentación de la riqueza por quienes la poseen *–o por quienes quieren hacer creer que la poseen–*, porque esa riqueza es el síntoma de la astucia y del éxito profesional, es decir garantía de buenos negocios *–por eso se exhibe incluso por quienes no disponen de medios adecuados–*.

No puede sorprender, en consecuencia, la escasa utilidad social de las fortunas así conseguidas, su débil impacto productivo, desvinculadas como están de todo proyecto inversor responsable: son fortunas "autistas", características de rentistas improductivos, que se manifiestan en consumos ostentosos y que frecuentemente son utilizadas como plataformas para escalar al poder económico y político establecido. ***"Sería difícil concebir*** *–ha escrito ese viejo y sagaz agorero que es J. K. Galbraith-* ***un plan más dañino tanto social como económicamente"*** **(18)**.

Una plaga desatada a impulsos de la aceleración del proceso de internacionalización económica y hecha posible por la creciente inactividad reguladora e interventora de las políticas económicas. Por eso, estas prácticas se han extendido más, allí donde más liberal ha sido la inspiración política (los Estados Unidos de Reagan y Bush y la Gran Bretaña de Margaret Thatcher son los casos prototípicos). Pero también donde menor era la tradición y el peso de la actividad productiva, así como donde mayores han sido las posibilidades de manipulación del mercado: donde más facilidades han existido para la circulación restringida de informaciones reservadas y donde mas permisiva ha sido la administración pública para este tipo de prácticas.

Prácticas, por ello, que cuando no traspasan descaradamente las fronteras de la legalidad, resultan al menos claramente rechazables desde el punto de visa de la ética.

Esta es, en efecto, la habitual base de todo negocio especulativo: la disponibilidad preferente de datos reservados que posibilitan un conocimiento privilegiado de la evolución del mercado, permitiendo, por eso, apostar sobre seguro o, más aún, disponer de una evidente capacidad de manipulación de ese mercado.

Sea como fuere, se trata siempre *–frente a lo que sugiere la mitología popular–* de posibilidades reservadas a capas reducidas de la sociedad: la







especulación importante suele ser endogámica, concentrada en sectores que disponen, por ello, de un indisimulable poder sobre el resto, poder que utilizan para generar, a costa de la sociedad, beneficios extraordinarios. En definitiva, y retomando un viejo lenguaje hoy en desuso, no es sino un fenómeno típico de intercambio desigual, mediante el que se realiza una patente acción expoliadora, pues, sin duda, las ganancias extraordinarias se consiguen siempre a costa de alguien.

Es algo que está en la lógica de los hechos: cuando se admite –y aun se admira- generalizadamente la bondad de todo medio para conseguir beneficios *–incluso la manipulación y el engaño–* el mundo de los negocios difícilmente puede conseguir cualquier atisbo de moral: estamos, probablemente, ante el capitalismo en su más descarnada y deshumanizada manifestación.

CONSECUENCIAS ADICIONALES: CORRUPCION, TOTALITARISMO, DESMORALIZACIÓN

Se trata, por otra parte, de un fenómeno de implicaciones no poco trascendentes: el fenómeno, en definitiva, de la corrupción del poder político, pues sólo a través de la corrupción se consiguen las informaciones, las complicidades o las facilidades que están en la base de muchos de estos grandes negocios.

No puede, ciertamente, identificarse corrupción con especulación, pero se tarta de elementos que suelen aparecer inevitable y estrechamente vinculados. Siempre existe corrupción, pero cuando la especulación se intensifica, cuanto mayores y más rápidos beneficios produce, cuanto más triunfadoramente domina sobre el capitalismo productivo, más condiciones favorables se producen para la extensión de la corrupción: la especulación es su mejor y más tonificante caldo de cultivo. Las enormes ganancias que la información privilegiada o el trato preferente del poder político pueden permitir a través de la especulación en gran escala posibilitan comisiones de difícil rechazo. Como ha escrito A. Cotta, ***"la comisión atrae la corrupción como el nubarrón atrae la tormenta"*** **(19)**.

En la era de la desreglamentación, del estado mínimo y de la moral mínima, la corrupción tiende a verse contemplada, incluso, como una manifestación más del espíritu competitivo, un instrumento que difícilmente se negaría a utilizar cualquier empresario sensato si de ello dependiera la realización de una jugosa operación o de la firma de un contrato importante.

Pero, y aunque resulte indudable que el estado totalitario y omnipresente genere amplias posibilidades de corrupción, no puede aceptarse la tesis liberal de quienes consideran a ésta un puro epifenómeno del intervencionismo estatal. Na pura consecuencia, precisamente, de la ausencia de libertad de mercado, que sólo la reducción del papel del estado y la liberalización de la economía acabarían por exterminar, pues es el fruto directo del excesivo campo de actuación del estado, de la necesidad de decisiones o intervenciones políticas para un sinnúmero de actividades económicas **(20)**. Sin negar el realismo de estas afirmaciones, no debe olvidarse que la corrupción –un nuevo tipo de corrupción, quizás- surge precisamente como resultado de la liberalización económica en un contexto en el que no todos disponen de las mismas posibilidades y en el que la transparencia informativa que preconiza la teoría económica no deja de ser una pretensión idílica.

En esta medida, el capitalismo descarnado y desequilibradamente especulativo que vivimos acaba convirtiéndose en un peligrosísimo agente corrosivo para la democracia real, imbricándose inextricablemente con el poder político y poniendo así al Estado a su servicio. Cuando la mercantilización se desboca por insuficiencia de bridas políticas, la ética desaparece paulatinamente de la esfera económica, pero también, y a posteriori, de la propia esfera política. Y cuando esto sucede, la sociedad indefectiblemente empieza a esta sometida a un nuevo autoritarismo, tanto más poderoso cuanto menos visible.

Es preciso reiterar en este punto que la especulación generalizada y a gran escala no es sino una manifestación de un fenómeno más general que la produce: la hegemonía absoluta del mercado y, por tanto, de quien en el marco desigual sobre el que actúa el mercado, domina sus leyes: la hegemonía, por tanto, del dinero. Una hegemonía que supone indefectiblemente una paralela quiebra moral, que lleva inseparablemente aparejada la intensificación de fenómenos de corrupción y que, más aún, acaba convirtiéndose en hegemonía política, en un peligrosísimo proceso de inconsciente deslizamiento hacia un nuevo absolutismo.

Un absolutismo no es un mero sueño de ciencia ficción, sino que está próximo a nosotros, dejando ya sentir efectos nada despreciables. Un absolutismo del mercado que no tiene un único centro del poder estable como los absolutismos primitivos, sino que es difuso, inestable, caótico y aún contradictorio, sustentándose siempre en aquellos agentes que circunstancialmente dominan el mercado.

Unos de sus efectos más evidentes hace ya tempo que se está dejando sentir en las políticas económicas nacionales. En este contexto ya aludido de pérdida creciente de capacidad de actuación y de control por parte del Estado provocado por el acelerado proceso de internacionalización de la economía, la política económica de cada país viene cada vez más dictada por los grandes inversores internacionales. Es la esencia de aquella famosa frase del entonces ministro Miguel Boyer: la economía no es de derechas ni de izquierdas, sólo hay una política económica posible. En efecto, los gobiernos tienen cada vez más que gobernar de acuerdo con los grandes intereses internacionales, porque una política económica contraria a ellos provocaría la huida del capital, el cierre de la financiación internacional y la posible intensificación de la especulación monetaria contra el país. Cuanto más internacionalizada está la economía, más tributarios son los estados de las reacciones de los mercados financieros internacionales, de las reacciones, particularmente, de los agentes que modelan y lideran la opinión de esos mercados. Por eso, efectivamente, sólo hay una política económica posible, y viene dictada desde esos mercados financieros internacionales (de los que las principales instituciones económicas *–FMI, Banco Mundial, etc.–* no son en muchos casos sino puros portavoces).

No es la única manifestación de esta absolutismo naciente: existe otra íntimamente ligada a ella y de efectos considerables sobre las propias empresas y entidades financieras. En la misma medida en que la viabilidad económica de cada país depende de la opinión que sobre su política económica tiene el mercado, también, y cada vez más acusadamente, la viabilidad económica de cada empresa depende de esa opinión. Por eso es cada vez más importante *–y aún más angustioso–* influir lo más positivamente posible sobre esa opinión.

Es una de las razones de la inmensa importancia estratégica de la publicidad y de los medios de comunicación: a través de ellos se puede, además, estimular la demanda del propio producto, difundir la imagen de la empresa en los mercados e influir en la opinión de los medios sobre ella y, de esta forma, incidir en la opinión de los mercados financieros, de la bolsa, de las agencias calificadoras de cada empresa, Como recuerda M. Albert, a la empresa moderna ***"no le basta ya con ser, debe parecer"*** **(21)**. Algo provocado, en última instancia, por la continua necesidad de financiación de la empresa moderna, necesidad intensificada por la propia lógica financiera-especulativa con la que actúa. Con lo que la propia empresa se ve inmersa en y prisionera de la necesidad de esfuerzos permanentes por generar buena imagen en medios de comunicación y mercados. No es extraño, por ello, el evidente interés de grandes financieros y empresarios por penetrar y controlar medios de comunicación influyentes. No es extraño, tampoco, e incremento, patente, del protagonismo en dichos medios de los grandes hombres de negocios ni el refuerzo en publicidad genérica –no centrada en productos-; el vedetismo y la imagen influyen en el prestigio y éste es fundamental en una economía tan financiarizada como la actual. Una economía que, como señala Albert, es, cada vez más, una "economía de la información": ***"la economía-casino actúa sobre el espectáculo que da de si misma, pero simultáneamente es su prisionera"*** **(22)**.

Deben hacerse notar, como también apunta Albert, las gravísimas consecuencias que todo ello tiene para la propia información, crecientemente convertida en instrumento de grupos de presión económica, en mecanismos de difusión de imagen, y, por tanto, crecientemente manipulada y manipuladora para con los receptores. Se trata de una manipulación adicional de ese absolutismo sutil de los dominadores del mercado que crecientemente nos invade. Un síntoma más, como el todopoderoso condicionamiento a través del consumo, de la nueva forma de dominación, manipulación y control que la intensa mercantilización de la vida genera a través de la ocultación de opiniones, cultura y valores funcionales para los centros dominantes del sistema.

En esta misma perspectiva, cabe incluso pensar que este sobredimensionamiento del interés privado que caracteriza e impulsa al fenómeno especulativo *–y que viene provocado por la internacionalización y liberalización de la economía–* es uno de los factores básicos en la generación del clima de desvaimiento moral y de inflación de lo privado, del relativista y hedonista sistema de valores que caracteriza a las sociedades desarrolladas de fin de siglo, esa ***"era del vacío"*** en expresión ya popularizada de Gilles Lipovetsky **(23)**, caracterizada por el hedonismo privatista y la carencia de valores, por el relativismo radical.

Cuando se debilita el control de la sociedad sobre la economía y, en el marco del sobredimensionamiento absoluto de lo económico, se extiende la primacía del dinero fácil, se desvanecen los restantes valores, la sociedad se desmoraliza, se desencanta: es decir, pierde la ilusión por todo lo que no sea inmediatamente tangible e individualmente beneficioso. En medio de la incertidumbre de un mundo crecientemente complejo, confuso, incomprensible y aceleradamente cambiante, la sociedad pierde confianza en toda ilusión colectiva, por todo proyecto comunitario, refugiándose en un valor tangible, simple y privado: el dinero.

Es, sin duda, otra de las facetas de esa imparable mercantilización que nos deforma, de la irrefrenable unidimensionalización del ser humano que el avance de un capitalismo descontrolado produce.

RECAPITULACION Y DIAGNOSTICO: LA ESPECULACION COMO FASE SUPERIOR DEL CAPITALISMO

No son escasas, por tanto, las consecuencias de la poderosa expansión del fenómeno especulativo. Además de propiciar comportamientos aventureros en la esfera de los negocios, dan lugar a grandes fortunas fáciles y potencian el afianzamiento de la corrupción (en las administraciones públicas, en los medios de comunicación, en las entidades financieras, etc.) ha impulsado un mimetismo progresivo en las actividades de todos los agentes económicos, crecientemente atraídos por el dinero fácil del juego financiero-especulativo. Algo, como se ha señalado, que incentiva, tanto en empresas como en estados, una paulatina marginación de las actividades productivas, as únicas que pueden sostener a largo plazo el bienestar de las sociedades.

Un proceso éste que sólo puede conceptuarse como un inmenso despilfarro de recursos, máxime cuando tantas necesidades perentorias permanecen insatisfechas. Por ello, la concentración creciente de recursos en unos mercados financieros progresivamente centrados en sí mismos y despegados del sector productivo debe entenderse como uno de los más graves síntomas del deterioro moral de nuestra sociedad.

Pero además, este capitalismo financiero-especulativo, en su obsesionada persecución del máximo beneficio inmediato, acaba dañando la viabilidad a largo plazo de las estructuras empresariales y, por ende, de los tejidos económicos nacionales. Algo agravado por la incuestionable pérdida de capacidad de control sobre sus economías por parte de los estados ante el incontenible avance de la internacionalización financiera, que socaba las posibilidades de las políticas monetaria y fiscal, haciendo las economías nacionales, por ello, crecientemente incontroladas y anárquicas.

Problemas a los que deben añadirse los efectos amplificadores que este modelo de crecimiento hiperfinanciero ejerce sobre el ciclo económico, profundizando la gravedad de las recesiones y elevando el nivel de riesgo, la inestabilidad y la vulnerabilidad de las economías hasta cotas insospechadas hasta el momento. Como ya se ha podido apreciar reiteradamente en los últimos años, la empresa más boyante o el periodo más floreciente de la economía de un país pueden desvanecerse con una rapidez terrorífica.

Se trata, por tanto, de un panorama económico lastrado por fuertes desequilibrios y graves insuficiencias. Desequilibrios e ineficiencias que resultan más llamativos e insultantes si se repara en que, al mismo tiempo, la competencia compulsiva y la obsesiva polarización hacia el corto plazo están produciendo una lógica –aunque suicida- desatención creciente haca todos aquellos problemas –los más graves de la humanidad- que sólo pueden resolverse con una perspectiva global, coordinada y de largo plazo (24).

Cabe, por todo ello, cuestionar este tipo de economía exageradamente orientada hacia la rentabilidad inmediata desde el punto de vista de la racionalidad económica. Un cuestionamiento, por otra parte, conocido desde mucho tiempo atrás, cuanto menos desde la gran crisis de los años 30, intensificada por el mayor desarrollo financiero-especulativo que ha conocido el mundo hasta nuestro tiempo. Fue, fundamentalmente, J. M. Keynes quien supo anticipar las terribles consecuencias de ese carácter especulativo del capitalismo, que él ya apreciaba como progresivo, expresando un razonable temor ante la creciente suplantación del auténtico espíritu empresarial por un “espíritu financiero” basado en la peligrosa tiranía del corto plazo. Sus efectos, sin embargo, han ido olvidándose con el paso del tiempo y con el progresivo alejamiento de los problemas producidos.

Se trata, en parte, de un fenómeno recurrente en el capitalismo, que –como ha puesto de relieve repetidamente Galbraith- tiende en fases de bonanza a deslizarse insensiblemente hacia la especulación (25). Y de ese deslizamiento surgen inevitablemente los gérmenes de una nueva recesión en el momento en que las perspectivas se truncan: una recesión tanto más grave cuanto mayor haya sido el desenfreno especulativo, y, también, desde luego, cuanto más integrada, internacionalizada y financiarizada esté la economía internacional.

Con todo y como también se ha apuntado, no se limitan los efectos del exagerado crecimiento financiero-especulativo a esta irracionalidad económica de fondo, co todas sus graves secuelas. Adicionalmente, acaba convitiéndose en un corrosivo agente debilitador de la independencia informativa –y, por tanto, de la transparencia que se supone es la base de todo mercado libre- y, aun más, de la propia democracia, seriamente













amenazada por un ambiente social en el que la primacía del dinero fácil termina por contagiar al poder político.

Son efectos todos tan evidentes en nuestros días que empiezan a merecer la atención de muchos analistas, que mayoritariamente consideran el proceso como fruto de una mera malformación del capitalismo, de un desarrollo desequilibrado y patológico que atenta contra los fundamentos de una sana economía de mercado, en el que la búsqueda del beneficio a corto plazo y la expansión financiera no cieguen las verdaderas finalidades a largo plazo. Este es el diagnóstico de casi todos los autores citados a lo largo de estas páginas desde el propio Keynes a Albert, pasando por Tobin y Allais.

Cabe, sin embargo, interpretar este fenómeno de muy otra manera: como un resultado lógico e inevitable del desarrollo del capitalismo cuando se le deja evolucionar libre de trabas, límites y guías institucionales. Como un producto directo, así, de la mal llamada libertad de mercado, cuando el desarrollo de la base económica alcanza un nivel tal que exige y produce una auténtica globalización de la economía mundial. Momento, como se ha indicado, en el que los movimientos internacionales de capitales adquieren una lógica ventaja sobre los demás recursos económicos y sobre la internacionalización del tejido productivo, generando toda la trama especulativa descrita.

Cuando el desarrollo libre y desbocado del capitalismo sobrepasa und determinado nivel y se emancipa exageradamente del control de la sociedad, acaba mercantilizando todos los ámbitos de la existencia, sometiendo unilateralmente a la sociedad a la gélida lógica del mercado. En ese trance, la sociedad va quedando paulatinamente inerme, deshumanizada, unidimensionalizada: carente de instituciones y normas que canalicen convivencialmente al mercado; carente de un orden social humano que *–como diría Emmanuel Mounier–* ponga a la economía en una situación y en una dimensión que permitan und desarrollo equilibrado de la comunidad. En ese contexto, toda moral se subordina a la fría persecución del beneficio, ahuyentada por el crecimiento de una economía de mercado sin frenos y cauces.

Una desmoralización progresiva que, como ha quedado apuntado, acaba perjudicando a la propia base económica, que, huérfana de todo límite ético, termina debilitada por su misma obsesión economicista.

En esta perspectiva, y parodiando la célebre expresión de Lenin, podría considerarse el capitalismo hiperespeculativo de nuestro tiempo como una fase avanzada del capitalismo maduro, como ***"la fase superior del capitalismo"***: aquella fase a la que éste abocaría si consiguiese liberarse de todas las ataduras extraeconómicas. Una fase en que, como Marx intuyó, iría lastrada por contradicciones en aumento que acabarían por socavar las bases mismas de un sistema que, dejado a su dinámica natural. Sería eminentemente autodestructivo (…) *.

NOTAS

(1) L. De Sebastián, **Mundo rico, mundo pobre**. Sal Terrae, Salamanca, 1992.
(2) C. Offe, *"¿Del Annus mirabilis al annus miserabilis? La izquierda tras el cambio y Maastricht"*, **El socialismo del futuro**, n.º 7, Madrid, 1993.
(3) R. Hilferding, **El capital financiero**. Tecnos, Madrid, 1963.
(4) Citado sin referencia por M. Albert, **Capitalismo contra capitalismo**, Paidos, Barcelona, 1992.
(5) J. Tobin, *"On the Efficiency of the Financial System"*, ***Lloyds Bank Review***, Londres, julio de 1984.
(6) J. Tobin, *op. cit.*
(7) A. Gunder Frank, *"La recuperación Reagan"*, ***Leviatán***, n.º 25, Madrid.
(8) Vid. Sobre esto, M. Albert, **Capitalismo contra capitalismo**, Paidos, Barcelona, 1992, particularmente el capítulo 3.
(9) *Ibidem.*
(10) *Ibidem.*
(11) *Vid.*, por ejemplo, **Breve historia de la euforia financiera**, Ariel, Barcelona, 1992, y **La cultura de la satisfacción**, Ariel, Barcelona, 1992.
(12) *Cfr.* ***El País***, Madrid, 25 de abril de 1993.
(13) A. Torrero, *op. cit.*
(14) A. Costas, *"Empresarios, financieros y hombres de negocios"*, ***El País***, Madrid, 9 de diciembre de 1992.
(15) J. Cacho, *"La orgía del pelotazo"*, ***El Mundo***, Madrid, 24 de octubre de 1992.
(16) R. Centeno, *"Operaciones especulativas y problemas reales de la economía"*, ***El País***, Madrid, 8 de octubre de 1992.
(17) A. Costas, *op. cit.*
(18) J. K. Galbraith, **La cultura de la satisfacción**, *op. cit.*
(19) A. Cotta, **Capitalisme dans tout ses etats**, Fayard, parís, 1991, citado por M. Albert, *op. cit.*
(20) *Vid.* Sobre esto M. Jiménez de Parga, *"La corrupción en la democracia"*, ***Claves***, n.º 29, Madrid, enero-febrero de 1993.
(21) M. Albert, *op. cit.*
(22) *Ibidem.*
(23) Cfr. G. Lipovetsky, **La era del vacío**.
(24) Cfr. Sobre esto J. A. Moreno, *"La trama económica del desorden establecido"*, ***Acontecimientos***, n.º 27, Madrid, abril-junio de 1993, y *"El mito del nuevo orden económico mundial"*, ***Crisis***, n.º 1, Madrid, verano de 1993.
(25) *Vid.*, por ejemplo, sus obras citadas anteriormente, **Breve historia de la euforia financiera y La cultura de la satisfacción**, así como el artículo *"El triunfo del capitalismo y la derrota del comunismo"*, ***Claves***, n.º 29, Madrid, enero-febrero de 1993.

Los amos de la tierra

Ricardo Petrella

En el Renacimiento se consolidaron los estados. Hoy son las empresas y los conglomerados, los grupos industriales y financieros privados los que intentan conquistar el mundo, inician las ”razias“, amasan su botín en las inexpugnables bases de retaguardia.

Se les llamaba, con respeto, casi afectuosamente, los reyes del acero, de los neumáticos, del textil, de las pilas eléctricas… O las "Siete hermanas" en el caso de las multinacionales del petróleo. Estas grandes familias, que se decían todopoderosas, se repartían el poder con los bancos públicos nacionales, los ministerios de finanzas, la tecnoburocracia de los países más ricos del mundo y los "complejos militar-industriales" de las potencias nucleares.

Y el poder, que cada vez reside menos en la propiedad de elementos materiales (tierra, recursos naturales, máquinas), se despliega gracias a su dominio sobre los factores inmateriales (el conocimiento científico, la alta tecnología, la información, las comunicaciones, la publicidad, las finanzas). La economía se desmaterializa. En una de sus últimas obras (Les Nouveaux Pouvoirs, Fayard, París, 1992), Alvin Toffler, divulgador de trabajos científicos realizados en los últimos treinta años en la sociedad de la información y el conocimiento, describe esta metamorfosis.

Porque, lejos de consumirse como el petróleo o la alimentación, la información se crea por medio del uso, el poder se desplazaría del productor al consumidor, del más pequeño al mayor, del más alto hacia el bajo. Signo de esta desmaterialización: entre las veinte primeras empresas industriales del mundo figuran seis sociedades del sector microelectrónico e informativo; no había ninguna hace apenas veinte años.

Las estructuras de poder emergentes diseñan una organización del mundo dominada por nuevas oligarquías, fundadas en grupos sociales y élites que han adquirido un poder de decisión y control fuera de las normas de representación y legitimización políticas y sociales de los estados-nación. La dinámica de estas oligarquías obedece a una pura lógica de conquista –la pretendida obligación de competitividad mundial convertida en "imperativo moral"- y provoca la generalización de prácticas ilegales, incluso la criminalización reciente del mundo es la del regreso de los conquistadores, de formas de poder y de fenómenos de dominación que se pueden calificar de "nuevas barbaries". Se está lejos de los nuevos poderes mundiales, múltiples y desconcentrados, fundados sobre la autoridad "moral" otorgada por el conocimiento científico y el recurso a las tecnologías avanzadas de la información y la comunicación, donde el poder de recogida, almacenamiento, tratamiento y transmisión de datos aumenta a ritmos exponenciales, entrañando diversos fenómenos mayores.

MEGASISTEMAS MUNDIALES

En primer lugar, el crecimiento de un mercado mundial de capitales y servicios financieros se escapa ampliamente, incluso por entero, a cualquier control de los Estados. Se cree que el volumen de movimientos de capitales que circulan de forma permanente al capricho de las variaciones de las tasas de cambio, terreno de especulación financiera sin límites , es de 1,2 billones de dólares. Los bancos centrales y las instituciones internacionales como el Banco de reglamentaciones Internacionales (BRI) han renunciado a intervenir y combatir a los todopoderosos operadores privados.

La mundialización del capital ha acelerado rápidamente la internacionalización de las inversiones y del sistema productivo, a la vez que se ha producido una integración de los flujos comerciales por grandes regiones. A su vez, por las vías del "crecimiento externo", ha estimulado la mundialización de las empresas, de las estrategias, de los mercados: inversiones directas en el extranjero, deslocalizaciones, fusiones, alianzas de empresas. Así, cada grupo industrial y financiero importante busca una estrategia en todas las regiones del mundo, y especialmente en América del Norte, en Europa Occidental y en el este y Sudeste de Asia.

Por otra parte, la necesidad de las empresas en proceso de internacionalización de tener acceso fácil al mercado financiero mundial ha ampliado la capitalización de la bolsa. Todavía existen empresas multinacionales familiares –y a veces dan lugar a nuevas "potencias", como es el caso de los hermanos Benetton-, pero la tendencia dominante es la mundialización del accionariado. Al mismo tiempo, los grupos industriales se han convertido en grupos financieros que aseguran arbitrajes permanentes entre los capitales contratados en sus diversas actividades y filiales. Con el fin de asegurar una capacidad de fuerza susceptible de mantener su expansión en los mercados de valores mundiales, su estrategia está encaminada a valorizar los activos que, al menos son tanto financieros como industriales.

La abdicación del político es casi total. Los megasistemas mundiales, siempre al servicio de los intereses inmediatos de los grupos financieros privados, emergen en los sectores del transporte (aviones automóviles), de las comunicaciones (televisión, bancos de imágenes, redes informáticas en línea, servicios a las empresas) de la ciencia y de la investigación (espacio, programas sobre el genoma humano, la fusión nuclear. El calentamiento de la atmósfera, etc.).

Las resistencias a esta evolución no son ni muy numerosas ni muy organizadas: la situación en algunos países como Alemania, Italia o los Estados escandinavos no debería hacer olvidar que los sindicatos han perdido su poder de reivindicación y de negociación. A menudo defienden tesis como la obligación de la competitividad mundial y políticas propias a las de las potencias privadas. Si se tiene en cuenta que desde los años 80 los poderes públicos nacionales han visto debilitarse su capacidad y su voluntad de intervención a favor del interés general, hay que constatar que, en el nuevo mundo en formación, las redes de grupos financieros industriales son el principal actor de las políticas económicas.

En estas condiciones, en menos de un cuarto de siglo, el planeta se ha convertido en un espacio económico cada vez más abierto, cuyo símbolo es la nueva Organización Mundial del Comercio (OMC), que quiere hacer de la creación de un mercado mundial liberalizado y no estructurado el objetivo del siglo XXI.

La Tierra está disponible para una nueva era de conquistas, como en el siglo XV. En el Renacimiento, los actores principales fueron los Estados (los reinos de Portugal y España, la república

de Venecia, más tarde las Provincias Unidas, etc). Hoy, son las empresas, los grupos financieros e industriales privados, con la ayuda y sostén de sus Estados "locales". Para legitimar su acción, estos conquistadores no pueden invocar la difusión de una civilización, de una religión o la influencia de la cultura de una nación. Reconocen que su acción es de pura y simple conquista, sólo justificada por el argumento de que si no somos nosotros serán otros los que lo hagan en nuestro lugar.

Estos conquistadores que, gracias a sus capacidades financieras, persiguen una estrategia de dominación a escala planetaria, constituyen los "padroni della Terra" ("amos de la Tierra"). Son ellos los que deciden la asignación de los recursos mundiales, quienes definen los valores y posibilidades, quienes determinan las prioridades, quienes desestabilizan las instituciones y fijan las reglas.

Jamás los dueños del mundo habían sido tan poco numerosos. En los sectores de la información, de la comunicación y de los medios no son más que algunos centenares de personas, presidentes y miembros de los comités de dirección del pequeño número de empresas activas en estos sectores: electrónica, informática, telecomunicaciones, software, radiotelevisión, prensa y edición, distribución y ocio. Una cuarta parte se localizan en Europa, otro tanto en Asia; el resto, en América.

Teniendo en cuenta las alianzas entre ellos, se puede considerar que una decena de redes mundiales, más o menos integradas, constituyen verdaderas máquinas de guerra cuyo único objetivo es la conquista y dominación de nuevos mercados.

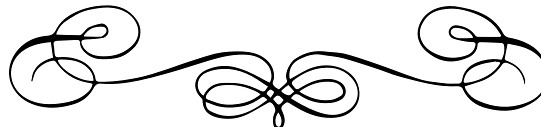
Son raras las empresas que, de forma individual, pueden considerarse todopoderosas. Son los lazos entre ellas los que, en tanto que redes, las convierten en los "amos" efectivos del mundo. Los conquistadores se benefician del sostén y colaboración de algunos grupos sociales. En primer lugar, los cuadros y quienes conciben la tecnociencia (científicos, investigadores, ingenieros, intelectuales) legitiman el espíritu de conquista en nombre de los avances técnicos incorporados a los productos y servicios "nuevos" puestos en el mercado. Este grupo social es siempre el más "mundializado". Su futuro está condicionado a la financiación de actividades científicas, que cada vez dependen más de las inversiones de las empresas privadas.

El segundo aliado natural de los nuevos amos es la tecnoburocracia nacional e internacional, los gestores públicos de alto nivel, dedicados a la definición de reglas de funcionamiento y de control de los medios puestos en marcha. Educados en las mismas escuelas y universidades que los gerentes de las empresas privadas, su cultura no es diferente. También están abiertos al mundo y a la innovación tecnológica, y son muy sensibles al simbolismo progresista de las estrategias de los conquistadores.

Finalmente, el tercer grupo, relativamente homogéneo en apariencia, es el de los hacedores de ideas, de símbolos, de retórica, representantes de los medios de comunicación y formación, especialmente de la superior. Por razones financieras, en el transcurso de los últimos veinte años, los grandes medios de comunicación han entrado en el sistema dominante, difundiendo entre la opinión pública la ideología dominante, volviéndola natural, incluso simpática.

Los financieros son una categoría distinta porque la conquista responde a su lógica de predación: la Tierra con sus mercados se mueve en espacios de beneficio sin fronteras y la recolación se convierte en "razia". Es cierto que los predadores han existido siempre. Pero, ahora, el alcance de su actividad es de otra naturaleza. Son los intereses y las condiciones de vida de centenares de millones de personas los que están en cuestión, mientras que nada, y menos aún la eficacia, justifica o legitima las devastaciones sociales, políticas y culturales.

Desde la liberalización de los movimientos de capitales realizada en los años 80, estos pillajes se han vuelto posibles gracias al abandono de los mecanismos de control público, el mantenimiento del secreto bancario, la creación y reforzamiento de paraísos fiscales que a menudo sirven de base de salida para las "razias" y de base de llegada para los botines. Reducido al papel de espectador impotente el estado, el "político" se convierte en una especie de escribano que registra las decisiones tomadas. Todo está regulado por el mundo financiero e industrial (...). *



* **Nota de A&R:** No hemos reproducido aquí la parte final de estos dos análisis, que, como sucede indefectiblemente en todos los análisis marxistas y socialdemócratas actuales, proponen luchar por la conservación del mal llamado "Estado del bienestar"; para nosotros, esta propuesta es irrealizable, ya que dicha estructura fue desarrollada por el capitalismo porque le convenía, no por favorecer a la población. Debido a que en la actualidad no solo no le conviene, sino que va contra sus intereses, es imposible que, por las buenas, reconsidere su actitud; llamar a la población a luchar por la vuelta al "Estado del Bienestar" es, por tanto, un absurdo. Puestos a luchar contra el capital, ¿por qué no luchar por la abolición del capital, en vez de obligarle a que reparta unas migajas de más?

Esto no demuestra más que el problema al que tienen que enfrentarse actualmente todos los defensores del marxismo: el tener que abandonar su fe ciega tanto en as contradicciones internas del capitalismo, como en unas fuerzas históricas y económicas, que, según dicen, acabarán por socavar las bases mismas del sistema. De esta forma el capitalismo, haga lo que haga, está perdido. Seguir cayendo en semejante error un siglo después de Marx, a lo largo del cual se ha podido ver como todas estas concepciones –lastradas de una fe casi religiosa en un destino que inevitablemente se cumple, haga el ser humano lo que haga- se han demostrado como erróneas, es algo que sólo se puede explicar pos las vanas pretensiones del marxismo de ser una ciencia y como tal, exacto en todos sus cálculos.

Su gran error ha sido, es y será el caer en un determinismo histórico absurdo que le lleva a negar al individuo su papel en el desarrollo de la sociedad, poniendo en su lugar a la economía. Este error lleva al marxismo, como consecuencia, a basar sus análisis de la sociedad en números y formulas matemáticas, una abstracción que le hace pensar que es capaz de gestionar mejor la economía que el propio capital, sin tener que abandonar sus leyes básicas.

La consecuencia final de semejante dislate se ha podido observar en todos los países en los que grupos marxistas han podido gestionar la economía –que no han sido ni pocos, ni pequeños, ni débiles en recursos económicos y humanos-, como Rusia, China, etc. Desde el punto de vista estadístico y económico, ciertamente han elevado el nivel de vida de la población. Pero desde el punto de vista humano, el precio ha sido evitar por todos los medios posibles al alcance del estado –que no han sido pocos: censura, encarcelamientos, ejecuciones, internamientos en centros psiquiátricos- que los miembros de dichas sociedades pudiesen desarrollar un pensamiento crítico. De esta forma, han desarrollado un aparato de poder absoluto que ha generado una nueva élite en el poder. Sólo ha sido cuestión de tiempo que dichas élites se entendieran con las élites capitalistas, sobre todo ante sus rotundos fracasos en gestión económica –una demostración de la falta de validez del marxismo, ya que la economía era y es el centro de sus análisis-.

No obstante, queremos dejar claro que consideramos el marxismo (bien aplicado, claro está) como el mejor método de análisis de la estructura de la economía capitalista, sin duda alguna; sus profecías de autodestrucción del capital, de llegar a una sociedad comunista libertaria a través de un estado dictatorial de poderes absolutos o el usar todos los medios que se puedan, aunque sean totalmente opuestos al propio socialismo, es algo que rechazamos sin miramientos por absurdo e inhumano, tal y como la propia historia se ha encargado de demostrar a un precio desgraciadamente altísimo.